

Por qué cayó la Unión Soviética

Jorge Saborido

LE MONDE
diplomatie

ci Capital intelectual

© de la presente edición, Capital Intelectual S.A., 2021

Capital Intelectual S. A. edita también, el periódico mensual

Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

Director: José Natanson

Coordinadora de Capital Intelectual: Creusa Muñoz

Diseño de portada: M.R. y Ale Pippa

Diagramación: Daniela Coduto

Edición: Creusa Muñoz y Heber Ostroievsky

Corrección: Alfredo Cortés

Comercialización y producción: Esteban Zabaljauregui

© Jorge Saborido

© Capital Intelectual, 2021

Paraguay 1535 (C1061ABC), Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Teléfono: (+5411) 4872-1300

www.editorialcapin.com.ar

ISBN 978-987-614-637-1

Queda hecho el depósito que prevé la Ley 11.723. Impreso en Argentina.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida sin permiso escrito del editor.

Saborido, Jorge

Por qué cayó la Unión Soviética: ¿Muerte natural, suicidio o

asesinato? / Jorge Saborido; editado por Creusa Muñoz;

Heber Ostroievsky. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

Capital Intelectual, 2021.

288 p.; 22 x 15 cm. - (Le Monde diplomatique; 76)

ISBN 978-987-614-637-1

1. Historia. 2. Rusia. I. Muñoz, Creusa, ed. II. Ostroievsky, Heber, ed. III. Título.

CDD 327.10947

Índice

Prólogo	9
Introducción	13
Capítulo 1 De los años de Leonid Brezhnev al interregno de Yuri Andropov	23
Capítulo 2 Mijail Gorbachov en el poder	69
Capítulo 3 El fracaso de la <i>Perestroika</i> (1990-1991)	143
Capítulo 4 ¿Por qué cayó la Unión Soviética?	203
Epílogo	235
Cronología	249
Bibliografía	265

Prólogo

En 1991, cuando aún no se había producido el derrumbe final de la Unión Soviética, se publicó en Londres una recopilación de artículos de intelectuales de izquierda de reconocido prestigio, con un título que no necesita explicación: *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo* (1). La lista de los autores incluía personalidades de diferentes corrientes del socialismo europeo y estadounidense y también un artículo del uruguayo Eduardo Galeano, y constituye una fuente indispensable para mostrar un abanico de actitudes que van desde el casi “yo lo anticipé” del italiano Norberto Bobbio hasta la afirmación de Eric Hobsbawm de que, pese a todos los fracasos, “el socialismo todavía tiene una agenda 150 años después del Manifiesto de Marx y Engels”.

El conjunto de los textos, con la excepción del de Hobsbawm y poco más, transmite una imagen de desolación y desconcierto. El acelerado final de las experiencias socialistas de Europa del Este, la represión en la plaza de Tiananmén, las dificultades experimentadas por Mijaíl Gorbachov y su *Perestroika* conducían a afirmaciones como la siguiente: “El fracaso del comunismo marxista-leninista ha sido lo suficientemente amplio como para eliminarlo como alternativa al capitalismo y para poner en compromiso la idea misma de socialismo”(2).

1 Dos años más tarde fue publicado en español por Crítica, Blackburn, 1993.

2 Blackburn, *op. cit.*, p. 145.

Transcurridas tres décadas, esa obra nos brinda un panorama de lo que pensaba la intelectualidad de izquierda frente a la dramática coyuntura que se estaba viviendo. Pero la pregunta hoy es diferente: ¿por qué estudiar un tema que a las nuevas generaciones les puede parecer tan o más distante que el fin de la Segunda Guerra Mundial?

En principio creemos que es importante tratar de analizar por qué un régimen que se presentaba como básicamente estable, más allá de la distancia que había establecido respecto de sus expectativas originales de liberación de la explotación y de creación de una sociedad igualitaria y próspera, se hundió de manera tan inesperada. O, parafraseando a Richard Pipes, uno de los historiadores conservadores más leídos y valorados, cabe discutir si el socialismo fue una idea que salió mal o simple y trágicamente una mala idea.

Por otra parte, no caben dudas de que el “paraíso” prometido de la democracia liberal ha dado paso a un desarrollo desmesurado del capitalismo financiero y a un proceso cíclico de crecimiento y crisis cuyas consecuencias finales están lejos de vislumbrarse. La inexistencia de una alternativa real –como la que con sus innumerables defectos representaba la Unión Soviética– ha dejado el camino expedito para el triunfo de una visión que –además de sostenerse en valores como el éxito a cualquier precio y la hipervaloración del consumismo– expone cotidianamente la idea de que no hay alternativa posible, y de que los tropiezos que experimentan muchos –la mayoría– son simplemente el resultado de una realidad en la que triunfa el que mejor se adapta.

Pero además, el núcleo dominante de la Unión Soviética siguió afectando durante estas últimas tres décadas el recorrido de Rusia y el desarrollo de sus relaciones internacionales, y nos lleva a preguntarnos: ¿cuánto de la Rusia actual es consecuencia de lo ocurrido entre 1917 y 1991?, ¿cuál es el papel de Rusia en la escena internacional y si estamos en presencia de una nueva Guerra Fría?

Este libro ahonda en el derrumbe de la Unión Soviética y analiza en profundidad las explicaciones que han dado los especialistas a lo largo de los años, incluyendo la interpretación propia del autor. Hacia el final se intentará dar respuesta, con toda la provisionalidad

que emerge de un análisis realizado al calor de los acontecimientos, a los interrogantes planteados en este libro y a algún otro generado mucho más recientemente por la conflictiva situación que se presenta en la actualidad. Porque creemos que es indispensable para el análisis de la coyuntura actual, la identificación de aquellas rupturas y continuidades que se presentan en la realidad surgida a fines de 1991 respecto de los setenta años de experiencia soviética.

Jorge Saborido, marzo de 2021.

Introducción

En octubre de 1917, en pleno desarrollo de la Primera Guerra Mundial, el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (Bolchevique), tomó el poder en Rusia, el país más extenso del mundo y el de mayor población en Europa, lo que marcó el comienzo de una nueva etapa en la historia contemporánea. Este episodio, que luego se consolidó tras una sangrienta guerra civil, constituyó un serio problema para el mundo capitalista desarrollado. Por primera vez se veía desafiado por un régimen que planteaba la superación de la organización política, económica y social dominante en nombre de una concepción ideológica –el marxismo– que proponía como objetivo la desaparición de la explotación del hombre por el hombre y el consiguiente acceso al poder de quienes conformaban las clases explotadas, el proletariado y el campesinado sin tierras.

A lo largo de más de 70 años, ese desafío se mantuvo vigente, en tanto la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) –ese fue el nombre adoptado a fines de 1922–, se constituyó en la segunda economía del planeta y su poderío militar y tecnológico le permitió enfrentar y derrotar al nazismo, extender su control hacia varios países de Europa Oriental y mantener una pulseada con Estados Unidos que se prolongó hasta fines de la década de 1980: la denominada Guerra Fría. En ese lapso, algo que muchos han olvidado, es que la Unión Soviética fue para millones de personas en Occidente un ejemplo a seguir, la posibilidad de liberación del yugo capitalista. La lucha política que culminó con el establecimiento de la dictadura de Josef Stalin, el reformismo de Nikita Kruschov, los

años de liderazgo de Leonid Brezhnev y el postrero intento de Mijaíl Gorbachov –acontecimientos que se fueron sucediendo tras la muerte en 1924 de Lenin, el líder indiscutido de los bolcheviques– fueron los jalones que culminaron, inesperadamente para casi todos, en el hundimiento de la URSS y del denominado “socialismo realmente existente” (1).

El objetivo de esta obra consiste, precisamente, en explicar el proceso que comenzó en 1964 con la salida de Kruschov del poder y culminó el 25 de diciembre de 1991 con el discurso de Gorbachov anunciando la disolución de la Unión Soviética. El conjunto de la experiencia iniciada en 1917 muestra con absoluta claridad que, contra la opinión de muchos de sus cuestionadores, el régimen no fue un sistema monolítico, incapaz de cambiar debido a su lógica ideológica. Basta recordar la introducción de la Nueva Política Económica (NEP) en los años 20 y su reemplazo en 1928-29 por la colectivización y la industrialización acelerada impulsada por Stalin o, más tarde, el primer proyecto reformista liderado por Kruschov y, sobre todo, la gestión de 1985-1991 con Gorbachov a la cabeza. El hecho de que los dos últimos intentos fracasaran abona la tesis de que esencialmente el régimen era irreformable pero, como veremos, esta opinión no es unánime entre los expertos y su discusión es uno de los temas que abordaremos.

La elección de los años de Brezhnev como punto de partida tiene fundamentos económicos y sociales. En primer término, los índices de crecimiento se ralentizaron de manera significativa a partir de mediados de 1970. Frente a esta realidad preocupante, la voluntad de reforma se manifestaba no sólo en la disidencia, que tenía prensa y difusión en Occidente pero era casi invisible para la sociedad soviética, sino también en expresiones de disconformidad por parte de sectores intelectuales dentro del mismo partido gobernante. La existencia de una “generación Kruschov”, que había

1 La bibliografía sobre la historia de la Unión Soviética disponible en lenguas occidentales es abundante. Un tratamiento enciclopédico, acompañado de sesenta páginas de referencias bibliográficas puede encontrarse en Suny, 2006.

vivido en su juventud lo que se denominó el “deshielo” y ahora tenía la posibilidad de acceder a posiciones de responsabilidad, condujo a que fuera posible pensar en cambios. Con el ascenso de Gorbachov al poder en 1985 esa generación tuvo su oportunidad y el relato de lo ocurrido desde ese momento hasta el 25 de diciembre de 1991, fecha de la desaparición oficial de la URSS, es la compleja historia de un fracaso.

El deshielo fracasado

Entre el 12 y el 15 de octubre de 1964 se concretó el desplazamiento de Kruschov, sucesor de Stalin al frente de la Unión Soviética. A diferencia de lo ocurrido tras la muerte de éste en 1953 —una guerra abierta entre varios de los principales dirigentes—, la destitución del líder se llevó a cabo cumpliendo con los requisitos institucionales: la decisión fue adoptada en pleno por el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). Más allá de los errores cometidos no caben dudas respecto a que Kruschov fue en buena medida responsable del rumbo que siguieron los acontecimientos tras la muerte de Stalin; al repudiar el uso del terror en la política soviética denunciando los crímenes de la etapa previa “obligó” a quienes se complotaron para derrocarlo a recurrir a métodos legales, al tiempo que éstos operaron sabiendo que las posibilidades de llevar a cabo una dura represión habían disminuido considerablemente.

La gestión de Kruschov como líder de la Unión Soviética tuvo varias facetas: inicialmente estuvo caracterizada por una dura lucha por el poder, que lo encontró finalmente vencedor pero con la presencia de una oposición importante en las altas esferas del Partido. Esta circunstancia determinó que su gestión siempre estuviera sujeta a escrutinio y, sobre el final, a críticas abiertas.

Sin duda, el acontecimiento más importante de política interior que se produjo durante los años que detentó el poder fue la denuncia de los crímenes de Stalin, realizada en el XX Congreso del PCUS celebrado en febrero de 1956. Si bien, retrospectivamente,

su discurso puede considerarse moderado (2) y, al poco tiempo desde su llegada al poder las críticas se atenuaron, el impacto fue enorme tanto en el ámbito de la política interior como en el movimiento comunista internacional. Militantes comunistas de larga trayectoria –dentro de la Unión Soviética pero también en el resto del mundo– se enfrentaron a profundos dilemas psicológicos: el “conductor” indiscutido de ayer en la marcha hacia el comunismo aparecía ahora como un asesino de “muchos honestos militantes”. En este aspecto, para la Unión Soviética el discurso de Kruschov marcó un quiebre en su desarrollo histórico, pero además fue acompañado de claras señales del cambio de época, como el vaciamiento de los campos de prisioneros, poblados de inocentes y de gente cuya culpabilidad nunca había sido probada.

Pero la actuación del líder fue bastante más allá: en pocas palabras, intentó cambiar a la Unión Soviética en todos los aspectos, desde la relación del Estado con los ciudadanos, disminuyendo el miedo de éstos frente a los abusos del poder, hasta el impulso a transformaciones económicas que –sin modificar la estructura del sistema– intentaran mejorar el nivel de vida de la población. La manifestación más optimista de esta última orientación fue la afirmación de que el nivel de vida de los ciudadanos soviéticos alcanzaría al de Estados Unidos en la década de 1980 (3). En cuanto a la política exterior, su estrategia de *coexistencia pacífica* y los éxitos alcanzados a partir del lanzamiento del Sputnik y del envío de un hombre a la Luna, lo llevaron a imaginar que también en este terreno era posible un cambio en la correlación de fuerzas con su poderoso adversario. A ello contribuiría sin duda el otro pilar de la política exterior de Kruschov: el apoyo brindado a las luchas por la liberación nacional que se manifestaban en amplias regiones de la periferia. Esta estrategia permitió, por ejemplo, la consolidación del régimen cubano pero desembocó en problemas serios como el enfrentamiento con China,

2 Texto de Kruschov, s/f.

3 Con Kruschov dio comienzo la competencia con Estados Unidos, muy fuertemente criticada por quienes consideraron que se trataba del comienzo de una carrera que nada tenía que ver con el socialismo.

la Revuelta Húngara y la crisis de Berlín que culminó en 1961 con el levantamiento del Muro que dividía a la ciudad y, además, la crisis de los misiles en Cuba que se saldó con una importante derrota. En conjunto, fueron circunstancias que contribuyeron a dañar su imagen. Este último episodio, sobre todo, mostró a la Unión Soviética tratando de operar en el escenario de la Guerra Fría sin disponer de los recursos necesarios para enfrentarse a Estados Unidos (4).

Pero fueron sus limitados logros en política interior los que terminaron de afectarlo en su gestión; hubo tres razones fundamentales que facilitaron la tarea de sus adversarios: por una parte su excesivo optimismo, que lo llevaba a plantear objetivos inalcanzables; por otra, el poder de la burocracia enquistada en el Partido y en el Estado fue tan grande como para impedir que sus reformas fueran implementadas y que incluso terminaron apartándolo de la escena (5); y finalmente, su carácter inestable y explosivo que condujo a la decadencia progresiva de su popularidad.

Las 15 Repúblicas Federadas Soviéticas



Fuente: Jorge Saborido, 2019.

4 La crisis está tratada en detalle en Taubman, 2003.

5 Sobre la caracterización y el poder de la burocracia volveremos más adelante.